

ct

El despiece

de
Ruth Vilar

(fragmento)

El espacio tiene el aire aséptico, frío y deprimente que comparten las casas vacías, las consultas médicas y las carnicerías. Ocupa la pared una imagen híbrida, mezcla de lámina escolar de anatomía, de reproducción del Hombre de Vitruvio de Leonardo Da Vinci y de mapa de las partes de la vaca, como los que cuelgan en tantos establecimientos cárnicos.

LA IMPACIENTE

Cuento mis visitas a los médicos y me salen mil. Cientos de ellos me han interrogado desde detrás de su escritorio y han tomado nota de las respuestas en mi “historial”: los primeros, en una hoja de papel; los últimos, aporreando el teclado con un solo dedo torpe. Cientos de ellos me han palpado los rincones visibles e invisibles del cuerpo. Cientos de ellos me han sometido a análisis, pruebas y exploraciones con máquinas diversas. Apenas una docena me han mirado a los ojos mientras me hablaban. Y sólo uno, una vez, me llamó por mi nombre. En realidad fueron dos, pero el segundo no cuenta porque me confundió con otra paciente.

LA IMPACIENTE

En el primer lote quiero que pongan el aparato digestivo. Me ha dado bastantes problemas. Al principio el estómago se contraía y se dilataba sin pies ni cabeza, y a los episodios de vómito incontrolable los sucedían ataques de gases insoportables. Después el intestino alteró su velocidad de absorción inexplicablemente. Así, en lo que respecta a la evacuación, tan pronto me he pasado semana y cuarto defecando una sustancia líquida y apestosa, como he esperado en vano semana y media para poder vaciar el vientre, con los consiguientes truenos y atascos. No soy de natural impúdica. Me he vuelto impúdica a base de sufrimiento y de ingenuidad. Hasta no hace mucho creía que mis médicos no acertaban porque a mis descripciones de los síntomas les faltaba precisión. Por eso me he especializado en los detalles. Ahora estoy enferma de observación. Quiero que desplieguen ambos intestinos y que, formando un haz desproporcionado, los introduzcan en una caja alargada, de esas que transportan las pértigas de los atletas. Ésta concretamente debe remitirse al doctor Villarreal, tan limpio y tan brusco. El estómago se lo envían al doctor Holgado dentro de un frasco de cristal acompañado por una tarjeta con esta adivinanza: “¿Persona, cerdo o enfermo?”. Dispongan los demás órganos, troceados, en una apetitosa bandeja de carnicería cara. Llévensela al doctor Ríos con una etiqueta fiable y homologada donde ponga “Menudillos”, a ver si le revuelvo las tripas tanto como él a mí. Hay que corresponder como Dios manda las atenciones de los buenos doctores.

EL DOCTOR

¿Y a usted qué le pasa?

LA IMPACIENTE

Me duele.

EL DOCTOR

A todos nos duele.

LA IMPACIENTE

Por eso hay médicos.

EL DOCTOR

Dígame, por orden alfabético, qué enfermedades ha habido en su casa.

LA IMPACIENTE

¿Incluidas las mías?

EL DOCTOR

¿Vive usted en su casa?

LA IMPACIENTE

Afasia, alergia, anemia, arritmia, artrosis...

EL DOCTOR

Todavía va por la A.

LA IMPACIENTE

¿Quiere que se las diga o no?

EL DOCTOR

Da igual, ya tengo diagnóstico. Tómese esto.

LA IMPACIENTE

¿Sabe qué me pasa? ¿Esto me curará?

EL DOCTOR

Puede estar segura de ello.

LA IMPACIENTE

¿Qué tengo?

EL DOCTOR

Ya nos hemos entretenido demasiado. Fuera.

LA IMPACIENTE

¿Cuándo debo volver?

EL DOCTOR

¿Debe volver?

LA IMPACIENTE

¿Cuánto tiene que durar el tratamiento?

EL DOCTOR

Léase el prospecto. ¿O tampoco sabe leer?

LA IMPACIENTE

¿Y cómo sabré si me está yendo bien?

EL DOCTOR

Si no se cura es que no me ha hecho caso. Siempre lo mismo: no hacen caso y luego vienen con protestas y lloriqueos. Hágame caso y váyase.

LA IMPACIENTE

¿Gracias?

EL DOCTOR

Siguiente.